

## **“NO HABLO FRANCÉS”. EL TRADUCTOR PÚBLICO COMO INTÉRPRETE EN SEDE JUDICIAL\***

MARTÍN BERTONE\*\*

**Resumen:** La presente crónica tiene por objeto reflejar el desconocimiento general de la tarea del traductor/intérprete cuando se desempeña como perito auxiliar de justicia, así como las dificultades que presenta el cobro de honorarios en sede judicial. Asimismo, describe los procedimientos que deben seguirse ante la imposibilidad de actuación del perito por motivos que le son ajenos.

**Palabras clave:** actuación pericial — regulación de honorarios — auxiliar de justicia — traductores públicos — interpretación — idioma francés

**Abstract:** This chronicle is aimed at reflecting the public’s general lack of knowledge about the role of translators/interpreters when serving as court expert witnesses, and the hindrances that collecting professional fees at court entails. It also describes the procedures to be followed upon the expert witness’ failure to act for reasons beyond his or her control.

**Keywords:** court proceedings — professional fee assessment — expert witness — sworn translator — interpreter — french

Llegué al tribunal de Comodoro Py quince minutos antes de la hora fijada para la audiencia. Me asomé a la mesa de entradas y me recibió el mismo muchacho simpático que me había hecho firmar la aceptación del cargo. —Usted es el perito traductor —me reconoció—. Todavía no llegaron. —¿De qué nacionalidad son los imputados? —quise saber.

\* Recepción del original: 12/03/2019. Aceptación: 25/04/2019.

\*\* Abogado y Traductor Público de francés (UBA). Magister en Derecho Europeo (París-Sud XI). Docente en Extensión Universitaria (UBA) y Perito auxiliar de Justicia. Para María Marta Montesano, mi colega preferida.

—Creo que senegaleses. Están con la defensora pública.

—¿Y en qué idioma se comunican con ella?

—No sé. ¿En inglés?

Me senté a esperar en uno de los asientos del amplio pasillo. A los pocos minutos, vi llegar a un africano con una gorra de visera levantada y una cola de caballo con trencitas. Llevaba una carpeta bajo el brazo. Vi cómo el muchacho de la mesa de entradas le indicaba que tomara asiento. Poco después, vi llegar a otro africano de pantalones tajeados y campera de cuerina. Se sentó al lado mío y se puso a jugar al *Dream League Soccer* en su celular.

—¿Usted es el traductor? —me preguntó sonriendo una señora alta que apareció de pronto.

—Sí.

—Mucho gusto, soy la defensora pública —dijo, y me dio un beso en la mejilla—. El fiscal está demorado.

—No hay problema, aprovecho para ponerme en autos con los imputados.

Mientras la defensora le decía algo en inglés al senegalés de gorra, yo abordé al que tenía al lado:

—*Vous pourriez me raconter ce qui s'est passé?*

—No hablo francés.

—Pero estoy acá para garantizar...

—No hablo francés —insistió, sorprendido.

—Creí que los senegaleses hablaban francés.

—Algunos.

Googleé rápidamente el artículo de Senegal en Wikipedia para no quedar como un estúpido y arriesgué:

—Hablás wólof.

—Sí. Yo hablo wólof y árabe. Somos musulmanes.

—¿El otro muchacho tampoco habla francés? —pregunté, señalando al de gorra.

—Tampoco. Es mi primo. No francés.

No sabía si se trataba de una maniobra dilatoria, así que le seguí la corriente. Le mostré la pantalla de mi celular:

—Acá dice que se hablan muchos idiomas.

—Sí: basari, mandé, peulh, soninké...—enumeró, contando con los dedos—Son como diecisiete.

—¿Pero todos entienden wólof?

—Sí, todos. Si el presidente habla con la gente, habla en wólof. Si habla en francés, entienden pocos. Poca gente.

Mi breve experiencia en Senegal me indicaba lo contrario, pero sentí que no ganaba nada con contradecirlo.

—¿Habla francés?

—Sí, por eso me convocaron.

—¿Y por qué habla francés?

—Fui a un colegio francés y viví en Francia —simplifiqué.

—¿Viajó mucho?

—Bastante.

—Gente tiene que viajar para abrir cabeza. ¿Habla inglés?

—También. ¿De qué parte de Senegal sos?

—Touba, a 300 kilómetros de Dakar.

—Estuve en Dakar hace más de 10 años. Antes, paramos por Saint-Louis. Veníamos de Mauritania, en auto. Corrimos un París-Dakar para estudiantes.

—En Mauritania son blancos. Todos esos países: *Morocco, Tunisia, Egipt*, todos esos países del norte, gente mala. Te pegan, te hacen trabajar gratis. Solo te dan comida y tenés que trabajar todo el día. En Senegal, la gente es más buena.

—Me acuerdo de los pósteres de Youssou N’Dour por todos lados.

—Sí, es muy bueno.

—Canta en francés.

—En francés, en inglés, en todos los idiomas. Vino a la Argentina, cantó en Copa del Mundo 98...

—También me acuerdo de que la comida era picante.

—Sí, picante. Para argentinos es muy picante.

—Es rica la comida de ustedes.

—Sí, rica. Vaca, arroz, pollo. Cerdo, no.

—No, claro. Ni alcohol.

—Noooo.

—En Francia, tuve dos vecinos senegaleses: Mbaye y Mamadou.

—Mamadou es nombre árabe...

—Siempre me venían a pedir ketchup. Le ponían a todo.

—Sí, nos gusta mucho el ketchup —dijo riendo.

Se hizo un silencio. El senegalés volvió a meterse en su juego de fútbol y yo terminé de leer las pocas páginas que me quedaban de un libro de Calvino que traía en mi maletín. Vi pasar a un detenido escoltado por

un policía, a tres abogados sin corbata, a una empleada judicial cosiendo el cuerpo de un expediente, a un profesor de la facultad que había envejecido bien. Del otro lado del pasillo, sonaban las carcajadas de un policía que le mostraba a otro videos de su celular.

—¿Cómo pasó esto de la falsificación de documentos? —pregunté, cuando se cumplía una hora de espera.

—Yo tomé un avión a España y otro de España a Ecuador. Tomé micro hasta Bolivia. Problema en la frontera con pasaporte. Pasaporte viejo, tengo otro nuevo.

—¿Pero cómo fue?

—Nosotros, a veces, cambiar campera —dijo señalando a su primo—. Mi primo fue comprar pan. Tenía esta campera y mi pasaporte en bolsillo. La policía encontró con mi pasaporte.

—¿Y él no les podía explicar?

—No habla idioma. Y pasaporte tiene sello.

—¿...?

—Agarran pasaporte y ponen sello. Después dicen. “Son cuatrocientos dólares”. Y yo dije: “No tengo cuatrocientos dólares. No tengo plata. Vengo a trabajar”. No hago daño a nadie.

—Bueno, quedate tranquilo, tiene solución.

El senegalés no pareció muy convencido con mi respuesta. Poco después, la defensora volvió a aparecer y le dijo:

—Les van a dar trabajo comunitario en una iglesia por un año.

—¿Trabajo comunitario? —preguntó el imputado.

—Sí —respondió la mujer, dando por sentado que el senegalés entendía—. Dos horas por semana, en una iglesia cerca de su domicilio —y fue hasta la ventanilla de la mesa de entradas.

Intenté explicarle al imputado lo que era el trabajo comunitario sin saber en qué iba a consistir. Me miró preocupado:

—¿Un año? Tengo que viajar a mi país.

—A ver, esperá.

Me acerqué a la mesa de entradas y le pregunté a la defensora si los imputados podían salir del país durante el año que duraba la *probation*.

—Sí, ya lo hablamos —me respondió, despreocupada.

Por lo visto, a sus defendidos no les había quedado muy claro.

—Tengo pasaje para viajar a Senegal —me volvió a decir el imputado cuando volví a sentarme.

—¿A quién tenés allá?

- Está mi mamá, mi hija y mi mujer.
- ¿Hace mucho que no las ves?
- Cinco años. No tenía plata. Muy caro, pasaje. 52 mil *lucas*.
- ¡Muy caro!
- ¿Hablás por teléfono con ellas, o por Skype?
- Sí, todos los días. Me baño, rezo y llamo.
- ¿Vas a rezar a alguna mezquita?
- Sí, a calle Alberti. Cerca Jujuy.
- ¿Les mandás plata?
- Sí, todos los meses. Allá no hay trabajo. Acá, hay. Antes, mejor, pero siempre hay. Allá, imposible juntar 5.000 pesos. No hay trabajo. En 2012, fui a otra ciudad y vendo pan en panadería. Pregunta: “¿Querés pan?”. “Sí”, me dicen. Por ejemplo, pan vale 5 pesos. Entonces, cobro 10 pesos y pago 5 pesos a panadería.
- ¿Hacías reparto de pan?
- Sí: reparto. En un año, compré auto. Después, vendí auto y compré pasaje de avión para la Argentina. Llegué en 2013.
- ¿En qué trabajás?
- Vendo relojes en Retiro —dijo mirando mi muñeca—. Acero.
- ¿Cuánto lo pagaste?
- Aunque la pregunta me incomodó, le respondí:
- No sé, 1.500 pesos, pero hace como dos años. Me lo regaló mi mujer.
- Ahora, mucho más caro.
- De pronto, me acordé de lo del cumplimiento de la *probation* cerca de su domicilio:
- ¿Vivís cerca?
- Lavalle. ¿Vos?
- Por Rivadavia.
- ¿Por Congreso?
- No. Más lejos, pasando Once.
- Yo juego a la pelota en Corrientes y Callao. Hay una cancha ahí.
- ¿...?
- Se acercó a nosotros una empleada del juzgado y, sin preámbulos, se dirigió al senegalés:
- La au-dien-cia de *pro-ba-tion* no se pue-de ha-cer por-que no hay tra-duc-tor. Se va a la-brar un ac-ta.
- No audiencia.
- No —y se fue.

Pasó otro detenido con escolta policial, un abogado le explicó al secretario de otro tribunal que habían constituido una hipoteca sobre un inmueble como fianza por una excarcelación, un meritorio se fue a fumar cerca de los ascensores —y las ventanas cerradas— a pesar del cartel de “Prohibido fumar”. Ya llevaba dos horas esperando. Me levanté y fui hasta la ventanilla de la mesa de entradas:

—Disculpame, yo acepté el cargo, pero no puedo intervenir porque no es el idioma en que estoy matriculado. ¿Cómo es el tema de los honorarios?

—Te averiguo.

Los dos detenidos que había visto un rato antes pasaron delante de nosotros. Se los llevaban juntos, en la misma dirección. Seguían desfilando abogados, meritorios y policías. Cada tanto, volvía a retumbar una carcaxada. En un momento, brotó de la puerta del tribunal un muchacho de barba descuidada, cuya camisa entallada estaba a punto de explotar. Se me acercó y me preguntó si era el perito traductor.

—Sí, soy yo, pero los imputados no hablan francés, así que no sé muy bien qué hago acá —le adelanté—. Mi presencia no les garantiza el derecho de defensa en juicio, porque no entienden todo lo que les dicen.

—¿Y qué habla esta gente? —me preguntó en voz baja, visiblemente avergonzado.

—Wólof.

—¿*Uolos*? ¿Me puede escribir el nombre del idioma? —dijo tendiéndome una lapicera y un taquito rosa de Post-it—. ¿Y cómo podemos hacer?

—Hasta donde sé, no hay traductores públicos de wólof. En la facultad, los que estudiaban idiomas muy minoritarios rendían libre a fin de año y los que les tomaban eran funcionarios de las embajadas de esos países. Yo me comunicaría con la Embajada de Senegal. No sé si tendrán un agregado cultural. Ah, habría que ver el tema de los honorarios. Porque está previsto que se me regulen, aunque no haya intervenido, si fue por una causa ajena a mi voluntad. Además, estoy acá hace dos horas y media.

—No se preocupe. Voy a labrar un acta en la que quede constancia de que usted aceptó el cargo y que no se pudo realizar la audiencia. Y vamos a mandar una notificación a la Embajada de Senegal, a ver si nos pueden mandar a alguien.

En los veinte minutos siguientes, el primo de gorra se miró las zapatillas, el senegalés más cercano jugó al fútbol en su celular y me llamó mi jefe para saber en qué estado estaban dos expedientes. Cuando se estaban

por cumplir tres horas de espera, volvió a aparecer el empleado de barba con una hoja y una lapicera. Me ofreció ambas y dijo:

—Bueno, este es el acta. Le pido una firma.

—¿Me dan una copia?

—Es que no tiene la firma del Juez. Esto va al expediente. Quédese tranquilo, en cuanto vuelva el Juez, hablo con él lo de sus honorarios y lo llamo. ¿Me podría dar su número? Perdón, no hace falta: está en el expediente.

Despedí al primo de gorra con un gesto y le di la mano a mi compañero de pasillo:

—Suerte.

—Gracias, amigo.

Llegando a Libertador, sentí vibrar mi teléfono. Tenía una llamada perdida de un número desconocido y un mensaje de voz. Era del juzgado: el empleado de barba me confirmaba que el Juez iba a regularme honorarios y a tener en cuenta las tres horas que estuve a disposición. Me aflojé la corbata y sonreí, porque la verdadera espera recién empezaba.

*Septiembre de 2018.*